


La revolucion de 1853, cuyo último episodio acabamos de referir, fué en realidad imprudente, porque no hallándose ramificada todavía en los principales Estados de la República, no tenia ninguna probabilidad para triunfar. Pero su tendencia principal correspondia á los votos secretos de toda la nacion, como iba á demostrarlo muy pronto el movimiento popular de Ayutla; y si los revolucionarios de Yucatan, al pedir la vuelta del sistema federal derrocado por el motin militar de Jalisco, pedian tambien la vuelta de las autoridades del Estado elegidas á fines del año anterior, no hacian mas que pedir el cumplimiento de la constitucion local, como pedian el de la federal. Es verdad que entre estas tendencias venia envuelta la cláusula que llamaba á la primera magistratura de la república, al liberticida Santa-Anna, que ninguna confianza podia inspirar al partido federalista. Es verdad tambien que los promovedores de la revolucion y los militares que la acaudillaron podian ser tachados de inconsecuentes, porque todos sin excepcion ninguna habian aceptado el plan de Jalisco y algunos habian servido al gobierno dictatorial que de él emanó. Pero como una causa no deja de ser buena porque haya alguna inconsecuencia en la conducta de sus corifeos, ó porque contenga un pequeño lunar que empañe un poco su brillo, la historia debe consignar en sus páginas que la revolucion de 1853, cualesquiera que hubiesen sido las desgracias pasajeras que trajo consigo, fué el primer esfuerzo que se hizo en la república para derrocar la ominosa dictadura que pesaba sobre ella y que la estaba haciendo retrogradar á los tiempos de la colonia.



CAPITULO XXIII.

1854-1857.

Invaden los indios varios de los cantones del Sur, desguarnecidos durante la revolucion.—Se organizan fuerzas para recobrarlos.—Nuevas expediciones á Chan Santa Cruz.—Exito desgraciado que obtuvo la segunda que condujo D. Lázaro Ruz.—Columnas volantes puestas á las órdenes de los coroneles Gonzalez y Novelo.—Triunfos que obtienen sobre los sublevados.—Operaciones militares en el oriente.—Pacificacion de algunas tribus del Sur.—Estado que guardaba la administracion pública.—Principios conservadores.—Es llamado á México el general Vega.—Le sustituye interinamente en el poder D. José Cadenas, y en propiedad el general D. Pedro de Ampudia.—Plan de Ayutla.—Fuga de Santa-Anna.—El general Ampudia secunda en Mérida la revolucion.—El presidente interino nombra gobernador de Yucatan á D. Santiago Méndez.—Constitucion federal de 1857.

Dijimos en el capítulo anterior que al emprender su marcha el coronel Rosado para la capital con la brigada de su mando, que era la que cubria el sur, habia desocupado varios cantones avanzados de la frontera y debilitado la guarnicion de otros. Las consecuencias de esta imprevision no se hicieron esperar mucho tiempo. Los

indios no tardaron en saber lo que pasaba por medio de sus espías, y súbitamente se arrojaron sobre nuestra línea, arrollando los pocos obstáculos que encontraron en su camino. Tihosuco, Ichmul, Onotchel, Sabán y Sacalaca cayeron sucesivamente en su poder. Igual suerte corrieron Tahibichen, Tixcaltuyú, Yaxcabá, Santa María, y otros pueblos y lugares del partido de Sotuta. Muchos habitantes de la frontera habían desamparado sus hogares, al emprender su marcha para Mérida las tropas del coronel Rosado; pero los que cometieron la imprudencia de quedarse, fueron víctimas de la crueldad del salvaje. Unos fueron asesinados sin defensa y otros conducidos á Chan Santa Cruz para sufrir todos los horrores del cautiverio. Los indios no se conformaron con esto, y renovando las luctuosas escenas de 47 y 48, redujeron á cenizas las poblaciones invadidas y se retiraron despues á sus aduares, conduciendo en triunfo sus prisioneros y su botín.

Luego que la noticia de estos desastres llegó á la capital, el gobierno libró las órdenes necesarias para poner otra vez la frontera al abrigo de las irrupciones enemigas. Con este objeto marchó con direccion al Sur, una fuerza que fué puesta bajo las órdenes del coronel D. Agustín León, y que á las inmediaciones de Xcabil tuvo un sério encuentro con los bárbaros. Estos que se habían emboscado á un lado del camino para hostilizar á los nuestros, estuvieron á punto de desbaratar un piquete que marchaba á las órdenes del capitán D. Sóstenes Domínguez; pero la energía que desplegó este oficial y el oportuno auxilio que le mandó el Jefe de la columna, obligaron á los indios á retroceder. Tihosuco fué ocupado en seguida sin ningun otro contratiempo y pronto quedaron restablecidos algunos de los antiguos cantones. Los vecinos que habían huido volvieron en su mayor parte, y hácia el mes de

noviembre se organizaron dos ó tres expediciones con el objeto de recorrer el campo enemigo. Una de éstas, puesta á las órdenes del primer ayudante D. Pedro A. Canton, intentó llegar hasta Chan Santa Cruz; pero pronto se vió obligada á retroceder, porque algunos prisioneros de los indios que se le presentaron durante su marcha, le manifestaron que el cólera estaba haciendo grandes estragos en aquella guarida. Y el contagio se extendió á todas las demás y hasta á las hordas que vagaban en los bosques, porque el ayudante Canton encontró el camino sembrado de cadáveres y de sepulturas recientes (1).

En el siguiente año de 1854, nuevas expediciones volvieron á visitar las guaridas de los sublevados, así en el Sur, como en el Oriente de la península. Vamos á ocuparnos solamente de las principales, que en lo general tenían por objeto la ocupacion del cuartel general de Chan Santa Cruz. La primera que se organizó con este propósito, fué puesta á las órdenes del teniente coronel D. Lázaro Ruz, quien salió de Tihosuco en la tarde del 1º de abril. Los indios intentaron oponerse á su paso, hostilizándole fuertemente en el camino; pero en la mañana del 10 logró aproximarse á Chan Santa Cruz y habiendo emprendido el ataque en distintas direcciones, se posesionó de la plaza despues de un rudo y sangriento combate. Pero los indios no le dejaron tranquilo, porque en la mañana siguiente se presentaron frente al campamento é intentaron sitiarse. La misma escena se repitió en los días subsecuentes, y aunque Ruz acababa siempre por ahuyentar á los agresores, el 14 se vió obligado á emprender su retirada, porque había consumido todo su parque. Los indios no se atrevieron esta vez á molestarle, y sin ningun nuevo contratiempo llegó á Va-

(1) Baqueiro, Ensayo histórico, tomo II, capítulo VII.—“El Regenerador,” número 124.

Madrid el 18, conduciendo heridos y prisioneros (2).

En el mes siguiente comenzó á prepararse una nueva expedición que debia componerse de setecientos hombres, con el objeto de establecer cantones permanentes en Chan Santa Cruz, Pachmul y Petcacab. Pero no habiendo podido reunirse mas que la mitad de esta fuerza, se resolvió que saliera con el único objeto de atacar á los sublevados que se guarecian en el primer punto. El teniente coronel D. Lázaro Ruz fué otra vez el jefe designado para conducirla, y habiendo salido de Tihosuco el 22 de mayo, el 26 ocupó á Santa Cruz, haciendo un estrago considerable en las masas de indios que intentaron resistirle. Junto á un pozo recién abierto, los soldados encontraron dos grandes canoas, llenas de agua, y como todos estaban sedientos, bebieron de ella con avidez. Pocas horas despues muchos de estos desgraciados se sintieron acometidos de una enfermedad muy semejante á la del cólera morbo, y algunos espiraron el mismo dia entre los mas agudos tormentos. Ruz creyó al principio que esta epidemia se habia desarrollado entre la tropa; pero como los indios que se presentaron á atacarle el dia siguiente, preguntaban con sarcasmo si el agua de Santa Cruz era fresca y saludable, aquel jefe concibió la sospecha de que estaba envenenada la que todos habian bebido, y dispuso entónces cambiar de campamento.

Pero en el que eligió de nuevo solo habia agua á una milla de distancia, y Ruz se vió obligado á dividir su fuerza útil en dos secciones para que miéntras una fuese á saciar su sed, la otra se quedase al cuidado de los enfermos. Los indios batian unas veces á la que iba y otras á la que se quedaba, y como siempre en estos encuentros eran muy superiores en número, la fuerza expedicionaria comenzó á disminuir considerablemente, y un dia notó

(2) "El Regenerador," número 187.

el jefe con espanto que solo le quedaban noventa hombres útiles de los 375 que habia sacado de Tihosuco. Entónces determinó emprender su retirada y la verificó el 2 de junio, cargando como pudo, con sus heridos y enfermos. Los indios aguardaban este momento para consumir su obra. Cayeron en masas considerables sobre su enemigo, y hubo un momento en que los soldados sanos que cargaban á los heridos y enfermos, se vieron en la necesidad de abandonar su carga para poder defenderse. Pero esta precaucion no fué suficiente para evitar la derrota. La desmoralizacion entró en las filas, y jefes, oficiales y soldados, volvieron las espaldas para tomar en dispersion el camino de Tihosuco. Muy pocos llegaron sin embargo, porque unos fueron macheteados por los bárbaros y otros sucumbieron en medio del bosque á la desconocida enfermedad que habian contraido en Santa Cruz. Fueron de este último número los tenientes coroneles D. Lázaro Ruz y D. José María Vergara, á quienes el capitán D. Juan Pío Aguilar asistió en sus últimos momentos y dió sepultura en aquel desierto (3).

Orgullosos los indios con el triunfo que acababan de conseguir, no tardaron en acometer empresas de que algunos meses ántes se les hubiera creído incapaces. En julio acometieron el canton de Tihosuco; pero fueron rechazados enérgicamente por su comandante el coronel D. Andres D. Maldonado y perseguidos hasta una legua de distancia por el capitán D. Onofre Bacelis. Dos meses despues embistieron á la villa de Peto y llegaron hasta las bocacalles de la plaza; pero tambien fueron rechazados por su comandante el coronel D. Juan Maria Novelo, despues de un sangriento combate, en que perecieron muchos de los agresores. Casi al mismo tiempo se presentaron en el pueblo de Yaxcabá, en donde no

(3) Periódico citado, número 206.

habiendo mas que una guarnicion de quince hombres, penetraron sin ninguna resistencia. Mas pocas horas despues se retiraron, llevando consigo algunos prisioneros y varios objetos que habian robado (4).

No fueron estas incursiones las únicas que practicaron los indios por aquella época. Sorprendieron tambien otras poblaciones de menor importancia, y comprendiendo entónces el gobierno que necesitaba hacer un esfuerzo supremo para escarmentarlos, se propuso organizar nuevas fuerzas, que con el nombre de *Columnas volantes*, partieran á hostilizar á los bárbaros en sus mismas guaridas, sin dejar descubierta nuestra frontera. La gente fué levantada en diversos pueblos del Estado, y un gran número de personas acomodadas hicieron donativos más ó menos cuantiosos para costear los gastos de la expedicion. La primera columna que se puso en movimiento, fué la que salió de Mérida el 14 de noviembre á las órdenes del coronel D. Pablo A. Gonzalez. Tres ó cuatro dias despues salió de la misma capital otra seccion que debia ponerse á las órdenes del teniente coronel Mezo, y en fin, la columna á cuyo frente se puso el coronel D. Juan M. Novelo, salió de Peto el 28. Vamos á ocuparnos brevemente de las operaciones que cada una practicó con arreglo al plan que trazó la comandancia general.

“Gonzalez marchó directamente á Santa Cruz, cuyo lugar completamente habian transformado los indios. En el amplio recinto de su plaza se destacaba una iglesia de treinta varas de largo y doce de ancho, formada de muy buena madera y cobijada de guanos bien escogidos, y además con unas verjas en los costados que la embellecian. Por todas partes se levantaban numerosas casas particulares, amplios galerones que servian de cuarteles,

(4) El mismo periódico, número 229 y 244.

y fuertes atrincheramientos. Por esta razon habria querido Gonzalez establecer allí su cuartel general; mas no pudo conseguirlo, porque se respiraba una atmósfera envenenada con las exhalaciones que despedian mas de doscientos esqueletos que encontró á la entrada de la poblacion, y en el otro extremo igual número de cadáveres mas recientes, que pertenecian á los prisioneros hechos en el partido de Sotuta, y que pocos dias ántes habian sido sacrificados. Los primeros eran de la fuerza de los coroneles Ruz y Vergara, á que en otro lugar nos hemos referido” (5). El coronel Gonzalez se trasladó entónces á Yokonot, y desde allí comenzó á operar, segun el plan referido, el cual consistia en recorrer y visitar sin descanso las guaridas de los bárbaros, cerrándoles hasta donde fuera posible, los pasos y senderos por donde quisieran ó pudieran huir. Estas operaciones produjeron desde los primeros dias los resultados mas ventajosos, porque sin experimentar pérdidas de consideracion, las partidas expedicionarias generalmente volvian al campamento, trayendo prisioneros, víveres y objetos de guerra, quitados al enemigo.

Iguales resultados obtenia al mismo tiempo el coronel Novelo, el cual se situó en Pachmul desde el 2 de diciembre. En ménos de un mes las frecuentes partidas que destacaba de su cuartel general, recorrieron mas de cuarenta ranchos y un gran número de viviendas, escondidas en la espesura del bosque. Algunos de los prisioneros hechos por estas partidas, declararon que seiscientos indios se habian dirigido, últimamente á las factorías de Rio Hondo, para cambiar con efectos de guerra, los objetos que habian robado en sus últimas incursiones. Inmediatamente dispuso el señor Novelo que el coronel D. Andrés D. Maldonado, con trescientos infantes y doce co-

(5) Baqueiro, Ensayo histórico, tomo II, capítulo VII.

sacos, saliera á batirlos á su regreso para despojarlos de cuanto trajeran. Púsose en marcha esta fuerza, alcanzó á los que volvían de Rio Hondo en un punto llamado Chaclicin, los derrotó completamente y les quitó muchos de los pertrechos de guerra que habian comprado. En esta incursión visitó Maldonado á Bacalar para proveerse de víveres, y ántes de terminar el mes de diciembre, habia ya vuelto á Pachmul.

Las secciones de Gonzalez y Novelo se comunicaban entre sí, por medio de partidas que salian de cuando en cuando de uno y otro campamento. Los indios se emboscaban en el tránsito para atacarlas, pero generalmente eran derrotados. Lo mismo sucedia en todos los encuentros que provocaban, y comenzaban ya á palpase los buenos resultados de la expedición, cuando un incidente que aconteció en Yokoonot estuvo á punto de desbaratar la columna de Gonzalez. Era este jefe, rígido observante de la disciplina militar, y habiendo sabido un dia que se reunian á jugar varios oficiales en la habitacion del capitán D. Florencio Alfaro, los mandó arrestar. Pero en la noche los hizo conducir á su alojamiento para amonestarlos: les hizo comprender que el juego era un vicio muy pernicioso en campaña, porque absorvía completamente la atención de los que se entregaban á él, y en seguida los puso en libertad. Los oficiales quedaron sin embargo resentidos, y ardiendo en deseos de venganza, indujeron á toda la columna á desconocer á su jefe. A las doce de la noche en que se verificó este suceso, llamó la atención del coronel Gonzalez el ruido inusitado que se escuchaba en el campamento, y habiendo salido á averiguar su origen, los capitanes Alfaro y Ocampo le manifestaron que habia sido desconocido por la fuerza, y que al rayar el alba del dia siguiente, iban á conducirle preso á Pachmul, residencia del coronel Novelo. Gon-

zalez fingió resignarse por entónces; pero cuando llegó la hora señalada para su conduccion á Pachmul, aprovechó una ausencia momentánea de los jefes de la insurrección, y arrojándose con la espada desnuda sobre uno de los sargentos, consiguió volver al órden á toda la columna al grito de ¡viva el coronel Gonzalez! Alfaro y Ocampo fueron entónces aprehendidos y pasados el mismo dia por las armas.

Pocos dias despues de este suceso, el coronel Gonzalez, que habia agotado los recursos de los alrededores de Yokoonot, levantó de allí su campamento y lo trasladó á Chunkulché. Nuevas operaciones volvieron á emprenderse contra los sublevados, aunque con éxito ménos feliz que al principio de la expedición. Ya hemos dicho que cuando ésta se presentó en el campo enemigo, estaban ausentes unos seiscientos indios que habian ido á Rio Hondo á comprar objetos de guerra; pero luego que éstos volvieron, se incorporaron á sus compañeros de armas hostigados hasta en sus últimas guaridas, y los nuestros comenzaron á encontrar una resistencia mas obstinada en sus incursiones. Una partida de cuarenta hombres que Gonzalez despachó á Pachmul al mando del teniente Mogue, con el objeto de proveerse de algunos medicamentos, estuvo á punto de perecer toda en el tránsito, y solo pudo salvarse gracias al oportuno auxilio que le mandó el coronel Novelo.

Gonzalez habia llegado á Chunkulché el 1º de febrero, batiéndose sin cesar con los indios que quisieron oponerse á su tránsito, y deseando el Sr. Novelo conocer el estado en que se hallaban los lugares de que aquel habia separado su línea, dispuso que saliera á reconocerlos con 300 infantes y 12 cosacos el coronel D. Andrés D. Maldonado. Este jefe visitó un buen número de guaridas en su incursión y consiguió algunas ventajas de los suble-

vados, á pesar de la viva y tenaz resistencia que por todas partes encontró. Mayores estragos hubiera causado al enemigo con su acostumbrada actividad, si unas calenturas pertinaces que se apoderaron de él y de algunos de sus subordinados no le hubiesen obligado á contramarchar á Pachmul.

Entretanto crecía cada vez mas el número y la audacia de los sublevados, porque sus jefes habían hecho levantar fuerzas hasta en las guaridas mas remotas, con el deseo de desbaratar aquellas dos columnas que se habían estacionado en el corazón de sus bosques. Llegó un día en que las partidas que salían de Pachmul no pudiesen avanzar á una legua de distancia, por impedírselos el gran número de indios que salían á interceptarles el paso. Entónces el coronel Novelo puso una comunicacion á su compañero el Sr. Gonzalez, invitándole á reunir sus fuerzas para operar de acuerdo sobre los indios de Nohkik, Xtinta y Santa Cruz, de donde sacaban sus elementos las masas que le hostilizaban. Pero el Jefe de Chunkulché contestó en una carta particular que no tenía fuerzas disponibles para cooperar al movimiento que se le proponía.

No tardaron en palpase las consecuencias de esta falta de acuerdo. El 22 de febrero, á las seis de la mañana, los sublevados se descolgaron en número considerable sobre Pachmul, y se anunciaron por medio de un toque general de cornetas y tambores, que se dejó oír al oriente de la plaza. Hallábase fuera en aquellos momentos una seccion de 150 hombres que había salido á incursionar á las órdenes del comandante D. Feliciano Ruiz, y como además de ésto, el hospital estaba henchido de enfermos, era muy poca la fuerza de que podía disponer el Sr. Novelo para resistir el ataque. Sin embargo, hábilmente secundado por el primer ayudante D. Leocadio Espinosa, por el capitán D. Onofre Bacelis y por otros

oficiales de valor y experiencia, pudo retirar á los agresores despues de varios ataques que duraron hasta las cuatro de la tarde.

No escármentaron los sublevados con esta derrota, y al día siguiente volvieron con nuevo vigor á embestir el campamento. Felizmente también fueron rechazados, siendo los héroes de esta funcion de armas los capitanes D. Julian Garma y D. Manuel Iturrarán. Pero las derrotas no hacían mas que exasperar á los indios, y el 25 hicieron el último esfuerzo, cayendo sobre Pachmul en un número todavía mas considerable que el de los días anteriores. Había ya vuelto el comandante Ruiz y pudo organizarse una columna de 250 hombres que salió á flanquear á los agresores. Trabóse entónces un reñido y espantoso combate, del que al fin salieron vencedores los nuestros, aunque á costa de grandes sacrificios. Y como en los encuentros anteriores también había experimentado muchas bajas la columna y existían además 180 enfermos en el hospital, el coronel Novelo comprendió que no podía permanecer por mas tiempo en el campo enemigo sin exponer gravemente el resto de sus fuerzas. Con este motivo salió de Pachmul el 28, habiéndole precedido un día el coronel Maldonado, que salió custodiando á los enfermos y heridos. Ambas fuerzas fueron atacadas en el tránsito por los indios, y aunque experimentaron pérdidas de consideracion, continuaron en orden hasta Peto, á donde llegaron el 3 ó 4 de marzo.

El coronel Gonzalez permaneció algunos días más en el campo enemigo; pero habiendo recibido de la comandancia general una orden expresa para abandonarlo, el 10 salió de Chunkulché, trayendo consigo á sus enfermos, heridos y prisioneros. También los indios le salieron al encuentro; pero no se resolvieron á atacarle y el 14 llegó á Tihosuco, sin haber perdido más que algunos pri-

sioneros que murieron de sed y de fatiga durante la marcha (6).

Al mismo tiempo que operaban estas dos columnas en las inmediaciones de Santa Cruz y Bacalar, dos secciones puestas á las órdenes del primer ayudante D. Sóstenes Domínguez y del capitán D. Nicolás Aguilar recorrían las guaridas más lejanas de los salvajes en los distritos de Valladolid y Tizimin. Ambas secciones obtuvieron los mejores resultados, batiendo á los indios donde quiera que los encontraban y recogiendo á las familias que vagaban en los bosques.

Mientras se obtenían estos triunfos sobre los sublevados, la administración pública del Estado marchaba con alguna regularidad. El general Vega, que en su cualidad de soldado era un fiel instrumento del poder central, no imprimió á su política local otra marcha, que la que el general Santa-Anna imprimía á la nación. Se trataba de gobernar con el ejército y el clero, de hacer odiosos los principios liberales y de monarquizar cada día más al país, y el general Vega no omitió ningún esfuerzo para alcanzar estos tres objetos, que por otra parte se hallaban en consonancia con sus ideas políticas. El elemento militar y el eclesiástico dominaba en sus consejos: el periódico oficial publicaba artículos religiosos y condenaba la libertad en nombre de la paz: los ayuntamientos votaban la prolongación de Santa-Anna en el poder y hasta el derecho de nombrarse un sucesor: el cumpleaños del presidente se celebraba con mayor pompa que las fiestas nacionales; y por último, el mismo jefe del Estado, el obispo y el dean de la Catedral recibían en esta iglesia las cruces de la orden de Guadalupe, con fórmulas arrancadas á los

(6) Partes oficiales de los coroneles Novelo y Gonzalez impresos en varios números del "Regenerador," correspondientes á diciembre de 1854 y á enero, febrero y marzo de 1855.

rituales de la edad media. Los antiguos *mendistas* y algunos de los *barbachanistas* que rodeaban al general Vega, á pesar de que eran liberales en el fondo, concurrían á todas estas ceremonias y tomaban parte en ellas, porque así se los exigía su carácter de empleados. Lo mismo sucedía con la generación que comenzaba á levantar, y que acaso era la única en quien se infiltraban seriamente los principios reaccionarios, en medio del aparato de *deslumbrador* con que se le presentaban.

A pesar del tiempo que el general Vega empleaba en estas festividades y ceremonias, y de la reacción momentánea que en su época experimentaron las ideas, la imparcialidad histórica debe reconocer que supo cumplir lealmente con los deberes que le imponía su encargo, y que hizo esfuerzos notables para reducir á los indios rebeldes. Además de las expediciones á Santa Cruz, de que ya hemos hablado, en su época se celebró un tratado de paz ó avenimiento con José María Tzuc, jefe de una de las tribus sublevadas del Sur. Este cabecilla se dirigió en mayo de 1853 al superintendente de Belice para manifestarle los deseos que tenía de deponer las armas, y luego que el general Vega lo supo resolvió nombrar una comisión que pasase á la colonia británica con el objeto de conferenciar con el jefe indio y arreglar los términos del convenio. Esta comisión se compuso de los Sres. D. Gregorio Canton y D. Eduardo López, á los cuales fueron agregados D. Lorenzo de Zavala, con el carácter de intérprete, y el padre Fr. Manuel Antonio Peralta, en calidad de misionero. José María Tzuc los esperaba en Belice, y el 16 de setiembre celebró con ellos unos tratados que fueron extendidos en castellano y lengua maya, y á los cuales se adhirieron algunos otros capitancillos. En virtud de este arreglo, Chichanjá y algunos otros pueblos de la comarca depositaron desde entónces las armas, aunque sin sujetarse por